



Armendariz, Iñaki

(Pamplona, 1962)

“Y yo solo triste y cuitado”

Esto de la poesía es como un mal amor. Un día llega, te posee, te usa y se va. Y te quedas con cara de tonto útil, disponible forzoso. Así me pasó en los años noventa. Estaba en la treintena y un día vencí la vergüenza:

¿cómo eran capaces los poetas de publicar sus poesías sin sonrojarse?

¿Se puede enseñar el alma y salir como si tal cosa después a la calle? me preguntaba mientras aprendía poesías de memoria en el libro de COU de lengua de Lázaro Carreter para hacer más pasajeras las clases: Machado, García Lorca, el Cancionero, Lope de Vega, Quevedo... Pasaron los años y un día como otros tantos escribí sin saberlo, sin reparar en estas preguntas hasta ese momento insalvables. Los primeros poemas los firmé en Francia, a donde me había llevado mi vida errante de biólogo y permanecieron olvidados entre papeles unos años. Entonces llegó el vendaval. Una presa rota que iba arrastrando vivencias. Un diluvio de palabras. Escribía en la calle, en el autobús, en la espera del dentista. Siempre con un papel doblado en el bolsillo. Necesitaba solo el pie de la rima y el resto venía dictado, como si lo supiera de memoria. Publiqué mi primer libro, el preferido (*Reflejos de un corazón solitario*, Ed. INCIPIT, Madrid 1996) justo cuando me iba para México. Allí, en el Nuevo Mundo, seguí escribiendo y publicando (*Entre dos fuegos*, Cuernavaca, septiembre de 1997; *Cantando la armonía*, C.I.B., UAEM, noviembre de 1997). El último libro de poesía fue el publicado junto a Aurora Tabar y Margarita Armendáriz (*Tres versos, un camino*: Pamplona, mayo de 2000). Empecé a alternar los relatos cortos (*Caramelos de menta y otros relatos*, UAT, México, marzo de 2003), con la espina de escribir una novela, tarea en la que estoy comprometido ahora en mi Pamplona natal. Muy pronto me llegó la impresión de repetirme, de haberlo dicho todo. Y desde entonces mis poemas son rara avis. Fruto de la conjunción de la vida. Como

una corta misiva de esa dama caprichosa que nos trae y nos lleva a su antojo. Un chispazo de esos rescoldos que no se resignan a consumirse. ¿Mi estilo? Juzgue el lector avezado.

*En el corazón tenía
la espina de una pasión
A. Machado*

*Por no devolverlo intacto
en su envoltorio y cerrado
saqué en un mal día
mi corazón a la plaza
por donde paseaban
otros corazones ufanos.
Hoy, que mi corazón contemplo,
ajado y sin alegrías,
pienso si no sería bueno
en un día más soleado
volver a la misma plaza,
la del teatro del mundo.*



37



**Arnedo,
Laura**

(Calahorra, 1982)

La poesía es mi sexto sentido. El que me permite acceder a una dimensión ajena a los otros cinco, diseñados para descifrar lo tangible.

Vista, gusto, oído, olfato y tacto: a través de ellos interpretamos el mundo. Pero no son suficientes: existe un sexto sentido que es el que dota de profun-